

Crepúsculo mariense

Macbeth decía que la vida es "un cuento contado por un idiota, lleno de estrépito y furor, un cuento que no significa nada". Pero la noche de Macbeth está muy lejos de esta otra noche de luna llena de verano, en que nos orienta un camino brillante, sinuoso, hasta el pueblo dormido entre las montañas de Dota. Al bajar desde las ásperas sierras nubladas, pequeños hilos de humo y de recuerdos nos conducen al Valle de Santa María, al lugar de la permanencia, allí donde es posible, con palabras de Julieta Dobles Izaguirre, "volver a amar lo siempre amado y recorrer de nuevo lo siempre recorrido". Los rincones de la noche, el silencio con que avanza el reloj soberano de las estrellas, el Parrita, cubierto de blancos, todo está en la expectación reverente del lenguaje de los dioses, que se ocultan, se exaltan, se enfurecen, se sosiegan en la placidez de los remansos.

Pero no es la noche quien nos cuenta el destino en este año que hemos venido a comenzar al lugar de los orígenes. Es el crepúsculo cuando ya brillan Venus y Júpiter en amorosa proximidad en el po- niente, el mágico descubridor de

los caminos y vericuetos que se pierden en el monte. La luna llena de enero revela un paisaje planetario en la calle del Higueronal, al sur de Santa María. Las montañas de Dota se llenan de ritmo de cascadas, de leves mugidos, de un sorprendente nacer y morir de estrellas. Repentinos lamentos tras las acequias, donde se insinúan las primeras luciérnagas y se borran las siluetas de los sauces. Todo es entrañable en el frío atardecer: las cercas de amapolas y clavelones, de reinas de la noche, de poró y de santalucía, y el olor de la mollienda, con la tentación de la caña y el fermento, y la nostalgia de los abuelos desconocidos, de sus aventuras y sus leyendas. Interioridad en el espacio y lejanía innumerable, historia soterraña y muda, estremeciendo en los arroyos, vagas siluetas femeninas, llanto por el tiempo, todo eso me hiere y consuela en el crepúsculo mariense, cuando regreso al pueblo, embriagado de estrellas, sin guitarra en bandolera, sin brújula ni memoria.

La prosa del pueblo se asocia al crepúsculo de un adiós en que, en cierta forma, me despido de mí mismo. Paseo por las calles, descan-